

Francesca Albanese

La luz del despertar

De Palestina al mundo entero,
un manifiesto de resistencia
y libertad

FRANCESCA ALBANESE

La luz del despertar

De Palestina al mundo entero,
un manifiesto de resistencia y libertad

Traducción de
Mónica Monteys

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original:
La luce del risveglio.
Dalla Palestina al mondo intero, un manifesto di resistenza e libertà
Traducción del italiano: Mónica Monteys

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2026

© Mondadori Libri S.p.A.,
publicado inicialmente en Rizzoli, Milán, Italia, 2026
© de la traducción: Mónica Monteys, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Adriana Martínez
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14725-2026
ISBN: 979-13-88236-28-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción	9
1. Soñar	19
2. Criticar	35
3. Emanciparse	59
4. Resistir	83
5. Nutrir	107
6. Llorar	125
7. Curar	141
8. Danzar	159
9. Regresar	175
Conclusión.....	197
Agradecimientos	209
Bibliografía	213
Otras fuentes consultadas.....	226
Información adicional.....	237

Introducción

Sólo hay un lugar donde el hoy y el ayer se encuentran,
se reconocen y se abrazan, y ese lugar es el mañana.

EDUARDO GALEANO, *El libro de los abrazos*

Ha pasado un año desde la publicación de *Cuando el mundo duerme*. Un año de horror, crueldad y mentiras que han devastado Palestina, pero también un año de un gran despertar, profundo y generalizado, para muchas personas en todo el mundo. Cuando en las presentaciones de mi libro me reunía con los lectores, encontré calidez, ganas de comprender y, sobre todo, una voluntad inquebrantable de no quedarse de brazos cruzados, de actuar, de contribuir, cada uno en la medida de sus posibilidades.

Cuando hace cuatro años asumí el cargo de relatora especial de la ONU sobre los derechos humanos para el territorio palestino ocupado por Israel desde 1967, era difícil hablar de Palestina. En Italia, como en otros lugares, pese a las violaciones cometidas por Israel durante décadas, faltaban las palabras para definir las, faltaban las coordenadas para orientarse. Hoy, algo ha cambiado. Sí, ha hecho falta un genocidio para que esto ocurriera. Pero

ahora ya son muchos los que lo ven. Ven y reconocen el colonialismo y los crímenes cometidos en nombre de una ideología. Reconocen la deshumanización que permite asesinar y torturar a seres humanos, reducidos a entidades abstractas, sin rostro, que pueden eliminarse sin remordimiento. Esta toma de conciencia genera sufrimiento y una sensación de impotencia.

«¿Qué puedo hacer por Palestina?», me han preguntado muchos. «¿Qué acciones tienen sentido, más allá de boicotear a las empresas que ahora sabemos que participaron en la masacre de Gaza?». O: «¿Cómo es posible que el derecho internacional *no haga nada* al respecto?».

Desde hace meses me cuestiono estas preguntas, además de muchas reflexiones. Creo que el sufrimiento de Palestina, la oscuridad que envuelve el presente y el futuro próximo de sus gentes, aunque resulte paradójico, arrojan luz al mundo, la luz del conocimiento, de la unidad, del dolor compartido, del sentido de la responsabilidad. El resurgimiento de una idea simple y olvidada: que la humanidad es un todo, una unidad orgánica como un cuerpo; por lo tanto, no se puede infligir dolor a una parte sin causar dolor al resto. Esta toma de conciencia ha puesto en marcha una especie de «descolonización» de la mente: una laboriosa tarea que consiste en eliminar muchas superestructuras que hemos interiorizado sin darnos cuenta y que se hallan ante nuestros propios ojos. Se trata de un ejercicio de deconstrucción de aquello que creemos saber para empezar a comprender lo que *vemos*, sin filtros ni prejuicios. De hecho, a veces este proceso requiere un autoaprendizaje radical: debemos aprender a leer incluso lo que *no vemos*, porque ha sido deliberadamente apartado de nuestro campo de visión o cubierto de mentiras y palabras que se han empleado con astucia precisamente para desviar la atención y neutralizar el juicio. En este caso, debemos entrenar la mirada y, por consiguiente, nuestra capacidad de ver y comprender. Es algo parecido a las ilusiones ópticas, en las que es preciso concentrarse para trascender la imagen que la mente construye primero; y sólo si se observa

con mucha atención se consigue captar otra figura menos obvia pero más significativa. Para mí, y para muchos otros, Palestina ha sido precisamente la oportunidad de comprender, de aprender a confiar en nuestros ojos y nuestra mente, y de conseguir no sólo apartar la mirada, sino mantenerla fija para observar con mayor profundidad. Una vez has visto, ya no puedes dejar de ver. Una vez has comprendido lo que Palestina tiene que enseñarte, ya no te olvidas.

Para emprender esta tarea de descolonización, tal vez cada uno de nosotros debe derribar, poco a poco, un trozo de los muros de ciertas convicciones y, de alguna manera, deshacerse de ellas. Lo que queda es una gran liberación, una nueva manera de ver el mundo, en el que, de repente, tantas historias muestran sus resonancias. Esto tiene un significado particularmente profundo para quienes, como yo, hemos nacido y somos hijos de lo que llamamos «Occidente».

Durante demasiado tiempo, esta parte del mundo –sobre todo Europa, seguida de sus articulaciones coloniales, como Estados Unidos– ha ocupado una posición de hegemonía cultural que le ha permitido elegir su propia postura moral y su propia memoria, reconocer algunos crímenes y ocultar otros, así como jerarquizar el sufrimiento con desenvoltura. Esto ha desencadenado una idea selectiva y asimétrica de derecho y justicia en la que la universalidad ha sido proclamada y exhibida más que practicada. Esta amnesia colonial tiene un precio. Y Palestina nos está pasando factura.

Pero a pesar de lo que suele decirse, no es el derecho en sí mismo el que ha fallado. El derecho es una herramienta muy poderosa cuando se aplica. Sin embargo, cuando se suspende o se vuelve intermitente por conveniencia política, se desplaza al plano del juicio, de la disputa, de la fractura. Esto es precisamente lo que está ocurriendo ante la impunidad de Israel y la protección garantizada por parte de Estados Unidos y de otros muchos Estados, sobre todo europeos. Por lo tanto, no se trata de la falta o el «fracaso» del derecho, sino de su aplicación uni-

lateral. Esta distinción es fundamental: las herramientas existen, las normas también, y, por consiguiente, la batalla política y la jurídica no pueden separarse.

En esta tarea de resistencia, hay miles de historias individuales y colectivas. Tantas voces que, en distintos idiomas, cuentan su sueño de libertad y emancipación, su derecho a la autodeterminación y la pesadilla de vérselo negado. Tantas voces son las que nos llaman a ser parte activa de un sueño colectivo de liberación de cualquier forma de opresión. El respeto a la dignidad humana como valor universal, hoy, parece una utopía; sin embargo, después de tanta lucha y sufrimiento en el pasado debería ser un derecho adquirido –como lo es desde un punto de vista jurídico– para todos los pueblos del mundo.

¿Cómo conciliar, por lo tanto, el dolor ante la pesadilla del presente y las ganas del sueño compartido de un futuro de paz y serenidad que deseáramos que llegase lo antes posible?

A medida que hablaba con otras personas me parecía cada vez más evidente que el único puente entre la pesadilla y el sueño, entre el apocalipsis y la luz del despertar, podrían ser las acciones de la gente, de cada uno de nosotros: personas de todos los pueblos y de todas las edades llamadas a actuar como anticuerpos sanos de una sociedad enferma.

Así fue como –al reflexionar sobre cómo lo que se está manifestando ante nuestros ojos nos ha cambiado, y nos ha inspirado el deseo de actuar, de sentirnos implicados no sólo en el dolor sino también en la movilización para lograr una transformación determinada– sentí la necesidad de escribir otro libro. Un verdadero *manifiesto*, sin duda, que analizase las acciones llevadas a cabo durante estos años de genocidio –conocido por todos y negado por muchos– y prestase escucha a voces distintas que tienen mucho que decirse y decirnos, y que cada día nos enseñan a ver con mayor claridad. Un libro que partiera de Palestina para emprender un viaje profundo por su historia y por las historias de quienes sufrieron, esperaron e indagaron; de quienes tuvieron el valor de decir la verdad mientras las mentiras causaban estragos

a su alrededor; de quienes pagaron la verdad con su vida; de quienes llevarán para siempre las heridas de la violencia, pero también de los que la cometieron; de quienes no se rindieron a la opresión y lucharon por la libertad, como lo hizo mi país hace unas décadas. Las historias de quienes bailaron en medio de los escombros, de quienes alimentaron a sus familias con esperanza cuando ya no había nada que cocinar; de quienes lloraron y de quienes reivindicaron el derecho político a hacerlo; de quienes curaron las heridas de un pueblo con la verdad, un cargamento de fármacos o una canción. De quienes custodiaron la llave de la casa de la que fueron expulsados hace cinco generaciones; de quienes, tras cinco generaciones, aún la custodian, y de quienes, hoy, leen algo en esa llave que nos concierne a todos.

Todo empezó un día de verano, en un camping, junto al mar de Catania, con una charla vespertina con mi marido y una amiga nuestra de toda la vida.

—No me puedo creer que hayan pasado casi dos años y los gobiernos continúen mirando hacia otro lado, mientras en Gaza la gente se ve obligada a sobrevivir entre los escombros, sin un techo, sin comida, sin agua. Te lo juro, parece realmente el apocalipsis —le dije.

Es un día caluroso de agosto y acabamos de regresar a Sicilia después de un largo viaje en coche. Estoy agotada, física y mentalmente.

—Y, sin embargo, por apocalíptica que parezca la situación, no puedo evitar sentir que lo que está sucediendo en Palestina, más allá de la pérdida colosal e inhumana, es una sensación de renacimiento, de despertar. Como el principio de una nueva época, de una transformación, de una aceleración histórica.

Angela asiente como si lo que acabo de decir tuviera todo el sentido para ella.

—Bueno, sí, si es así, entonces realmente es el apocalipsis.

Mientras tanto, mi marido Max se ha unido a nosotras en la mesa. Angela es amiga suya desde la infancia, una lectora voraz de los clásicos griegos, con la que durante años hemos compartido la pasión por el significado más antiguo de las palabras, además de ser una de las dos editoras que me acompañó a lo largo del proceso de redacción de *Cuando el mundo duerme*.

—El apocalipsis es precisamente eso, ¿te das cuenta? Es el último libro de la Biblia —dice—. Una revelación, por muy brutal que sea. La imagen del verbo griego es muy clara. *Apo-kalypto*: lo que antes estaba oculto es revelado. —Y con las manos hace el gesto de mirar lo que hay debajo de ellas, luego extiende los dedos para coger un *tarallo* de un cestito que está en medio de la mesa—. Y esa visión supone un cambio de mentalidad que en el texto del Apocalipsis se llama «metanoia», es decir, un cambio radical de perspectiva que marca el comienzo de otra era. El final es muy abierto, porque prefigura un cielo nuevo y una tierra nueva donde los pueblos pueden ser curados y las lágrimas de los seres humanos secadas por las manos de Dios.

Durante unos minutos sólo se oyen las voces de nuestros niños, que a pocos pasos de distancia juegan animosamente en el viejo fútbolín del camping.

—¿Cómo llevas lo de las sanciones? —pregunta Angela—. ¿Has conseguido abrir una cuenta?

—No —respondo—. No tengo ni idea de cómo acabará todo esto. Tal como funcionan los bancos, la prohibición de que cualquier entidad estadounidense mantenga relaciones financieras conmigo afecta, de hecho, a todas las instituciones bancarias del mundo.

—Imagínate... Y todo esto por haber..., ¿cómo decirlo?, ¿*declarado la guerra* a Estados Unidos por las empresas que colaboran con Israel y que mencionaste en tu último informe?

—Sí, habría librado una guerra económica —ratifico no sin un cierto pesar.

—Visto que no tenían ninguna intención de llegar al fondo del asunto que planteaste y abordarlo punto por punto —comenta Max, colocando una bandeja de bebidas heladas sobre la mesa—, es mucho más fácil atacarte personalmente... Y, mira por dónde, mientras tus investigaciones se centraban en el sufrimiento de los palestinos, los ataques dirigidos contra ti se limitaban a insultos y campañas difamatorias..., pero cuando te enfrentaste a las grandes empresas y al sector financiero, mira con qué represalias te atacan.

—Nos están atacando —preciso yo.

Angela suspira.

—Bueno..., es el apocalipsis. Son las salpicaduras del aceite hirviendo.

Silencio.

—¿Aceite hirviendo? —le pregunto intrigada.

—Hay una leyenda sobre Juan, el autor del Apocalipsis —nos cuenta Angela—. Parece ser que cuando llegó a Italia procedente de Palestina fue conducido ante el emperador Domiciano, uno de los perseguidores más feroces del cristianismo. Era la época en que, en Roma, muchas personas se convertían a esta nueva religión, que defendía la dignidad y el amor hacia todos los seres humanos, pero que llevaba a cabo prácticas consideradas inaceptables, como reunir en la misma mesa a mujeres, hombres, romanos, extranjeros, judíos, gentiles, esclavos, senadores..., algo extremadamente peligroso para el poder, ¿no? Demasiado revolucionario para un sistema clasista y colonialista como el romano, fundado en la jerarquía, la esclavitud y la conquista. ¿Y entonces qué hace el emperador? Para darles una buena lección a todos decidió matar a ese tal Juan, pero no sólo eso, primero lo denigró en una ceremonia pública. Su intención era asegurarse de que la gente no sintiera piedad por él, sino que se divirtiera. «¿Entonces eres un pez?», le preguntó cuando condujeron a Juan ante su presencia. Los primeros cristianos se llamaban «peces» entre ellos, en honor a dos preciosos momentos de los Evangelios colmados de alegría, un himno a la

participación... En definitiva, Domiciano lo incitó delante de todos y le dijo: «Bien, visto que eres un pez, ¡te freiré!». De hecho, se cuenta que el suplicio al que fue sometido Juan consistió en sumergirlo en un caldero de aceite hirviendo. Mira, imagínate que alguien de los que estaban allí, en las primeras filas, se hubiera adelantado para protestar por lo que le estaban haciendo a Juan... Seguro que le habrían salpicado con aceite hirviendo, tal como te está pasando a ti ahora.

Angela sonríe y sacude la cabeza.

—Los emperadores no suelen imaginarse que pueda haber alguien más poderoso que ellos —comenta satisfecha mientras yo aguardo con impaciencia escuchar el final de la historia—. Y, sin embargo, por lo que parece, ocurrió un milagro: Juan salió del caldero de aceite hirviendo completamente ileso y se retiró a la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsis.

En ese momento, se produce un silencio sepulcral, porque más allá de la leyenda y sus hipérboles la historia es muy interesante. Y reflexiono sobre el hecho de que yo también sigo comportándome como si saliera ilesa de las salpicaduras de aceite hirviendo que recibo por la honestidad con la que describo lo que está haciendo Israel. Sin embargo, no puedo decir que no sienta sus quemaduras.

—Mamá, ¿vamos a bañarnos? —me pregunta Giordano.

Nos levantamos y caminamos hacia la playa. Los chicos nos preceden y nosotros los seguimos a paso más lento, sin dejar de charlar.

—Y muchas veces los emperadores no eran tan astutos como se creían —me dice Angela, alentándome—. Tomaban a los cristianos y los arrojaban al Coliseo para que los leones los despedazaran, convencidos de que así el público se daría cuenta de su debilidad... Porque para ellos, evidentemente, «el público» era una sola cosa, una masa indistinta, ignorante y sin esperanza, y no la unión de innumerables individuos perfectamente capaces de juzgar por sí mismos. De hecho, cuando el «público» veía a los cristianos que entraban en la arena y se enfrentaban al león

con la cabeza alta, firmeza y honor, se producía entonces la *metanoia*... –Sonríe–. Cambiaban de opinión. Decidían de qué lado estaban. Ante aquella escena, se les quitaban las ganas de ser como el emperador, que había ordenado que personas de carne y hueso como ellos murieran de esa manera. Y así muchos de los que estaban sentados en las gradas se daban cuenta de que preferían ser íntegros y dignos como aquellos que estaban allí, como las víctimas de los poderosos. En aquel espectáculo organizado para aterrorizarlos, veían justo lo contrario: la fuerza, la esperanza de poder compartir valores más auténticos, más justos y más elevados. El emperador creía que fomentaba el desprecio hacia el cristianismo, pero, en cambio, cada vez se convertían cientos de ellos, al ver cómo resplandecía la mirada de aquellos *peces*...

–Igual que los palestinos, ¿no es cierto? –interviene Max.

–Igual que los palestinos –repito y asiento.

–Muchas personas en todo el mundo lo están viendo. Están tomando partido –añade Ángela–. ¿Había mucha gente la otra noche en la presentación del libro?

–Muchísima –le digo refiriéndome al encuentro en Irpinia–. Siempre resulta conmovedor hablar de la injusticia y de la fuerza popular que sirve para erradicarla, sobre todo en determinados lugares.

–Había mucha gente, de todas las edades –añade Max.

–En efecto –reflexiono en voz alta–, me parece que mientras en Palestina todo continúa, la fractura que se ha producido en la conciencia colectiva es cada vez más evidente. Lo que perdura es la conciencia de esa reserva de esperanza y humanidad que son los jóvenes. No sé, me parece que hemos mejorado a nivel global; muchos perciben la gravedad de la situación en Palestina y, sin demasiados ambages, se dan cuenta de que un genocidio es intolerable. Y no quieren ser cómplices, no quieren que sus propios gobiernos y universidades lo sean; quieren saber cómo gastan su dinero para impedir que lo den a empresas que están vinculadas con los crímenes de Israel y, sobre todo, con la

industria militar. Así pues, creo que la sensación de este apocalipsis, de esta revelación, es algo de lo que todos queremos apropiarnos. Queremos ser esta *revelación*, convertirla en verbo: de un verbo revelado a una acción que esté en nuestras manos.

Mientras tanto, hemos llegado al mar. Observo cómo la luz de la tarde se refleja en el agua, y sigo pensando en las acciones y los verbos. Me vienen a la mente tantas cosas cuando pienso en Palestina... Soñar. Curar. Nutrir. Llorar... Pero también bailar, emanciparse... Criticar, en el sentido más noble de esta palabra. Volver, resistir... Intento imaginar qué acción viene primero y cuál después, pero no puedo: me parecen los pétalos de una sola flor que convergen en el mismo centro, amarillo como el sol en el que me estoy sumergiendo.